

Presentación

Tomás R. VILLASANTE

Coordinador de la Monografía
Universidad Complutense de Madrid

El tema que nos ocupa en este Monográfico se ha venido popularizando en las últimas décadas, gracias sobre todo a una serie de experiencias que ha ido demostrando en varias ciudades su conveniencia y utilidad. Pero en los últimos años este tema de «lo comunitario» ha desbordado muchas de las previsiones que se tenían sobre su necesidad en nuestras ciudades y comarcas. El ejemplo de lo que ha ocurrido en las periferias de las ciudades francesas en el final del año 2005 es un exponente suficientemente dramático y claro de lo que se ha venido cocinando en muchas localidades y latitudes. No se trata de ser alarmista, sino de que las alarmas vienen sonando desde hace años, de Caracas a Los Angeles, o desde París a cualquier ciudad europea. Y lo que se ha venido demostrando es que no basta poner más dinero en los barrios o más profesionales, pues no es una cuestión sólo cuantitativa lo que está fallando, es algo más profundo. Es la ignorancia de los técnicos sobre cómo funcionan las redes informales, es el desprecio de la política hacia estas realidades «bárbaras» de los no-votantes, es la conflictividad creciente entre diversas entidades locales por los protagonismos o los clientelismos, etc. Un mundo que se globaliza y que descuida las unidades de convivencia más próximas y desde donde están emergiendo nuevas realidades.

Lo comunitario está actuando como microcosmos, como concreción de las muy diversas contradicciones que nos toca vivir en este comienzo de siglo XXI. Por eso, si aprendemos a encontrar los caminos que puedan resolver lo que se nos presenta en la vida cotidiana local es posible que aprendamos a superar los otros problemas más globales. No se trata sólo de intentar resolver lo pequeño y lo marginado, sino de comprender y encontrar soluciones a las sociedades complejas en las que vivimos. En positivo, atrevemos con soluciones desde las democracias participativas (ensayadas en lo comunitario), atrevemos con formulas concretas de construcción de sistemas cooperativos de trabajo y economía (desde lo más pequeño hasta niveles más amplios), enfrentar alternativas para la salud y la ecología de los ecosistemas, para la construcción cultural participativa desde tanta diversidad de etnias y de saltos generacionales. Otro mundo es posible, pero no sólo como una protesta contra éste con tantas desigualdades, sino como unas construcciones comunitarias concretas donde se va demostrando que se pueden dar algunas transformaciones sociales.

En este número no se van a presentar grandes alternativas al sistema, pero sí variadas rutas posibles para prepararse para un cambio. Hemos encontrado en profesionales de muy distinto tipo y localización geográfica una serie de propuestas que pueden hacer viable iniciar esos caminos o desbordes de lo que parecería inamovible. No se pretende dar un recetario de qué es el trabajo social comunitario, como si fuese una sola cosa. Sin duda cualquier lector atento puede sacar sus propias conclusiones sobre los puntos comunes que hay en las diversas formas de enfocar lo Comunitario en estas páginas. Pero también creemos que se pueden apreciar las diferencias y que esto es muy interesante para que cada cual pueda escoger cómo hacer su composición propia. Cada caso particular y local requiere de una construcción específica de lo Comunitario a partir de los ingredientes de los que se compone. Habrá cosas que puedan dar más resultados de unas metodologías o de otras, eso es una cuestión que se ha de decidir en cada proceso en particular.

Solemos decir que lo fundamental de las técnicas es conocer una gran variedad para no tener que estar tan agarrado a cada una de ellas en particular. Quien ha practicado con una amplia diversidad de herramientas puede saber mejor cual es la que conviene en cada caso, o incluso qué combinación se puede inventar de varias de ellas. Cada técnica tiene sus virtudes e inconvenientes, y es bueno el saber de que pié cojea cada cual a la hora de usarlas. Con las metodologías ya es otra cosa, pues aquí hay menos variedad, y la construcción específica para cada caso es un elemento muy recomendable. Pero conocer el debate que existe entre unas y otras, los matices o divergencias, es algo que siempre puede ayudar a la propia elección de cuáles puedan ser mejores para el caso concreto que ocupe a los protagonistas del proceso comunitario. Con los posicionamientos de fondo (o «epistemologías», ¿para qué? ¿para quién?) no cabe tanta variedad, desde nuestro punto de vista. No nos toca hacer una definición de lo que sea el trabajo social comunitario, pero quien lea estas páginas puede descubrir lo que hay de común en ellas, y puede construir fácilmente su propia síntesis o posición.

En este monográfico las y los autores escogidos lo han sido porque entendemos que tenemos un posicionamiento común de transformación social de la realidad. Lo cual no quita para que podamos tener discrepancias tanto en las técnicas como en aspectos de las metodologías controvertidos. La estructura de los artículos sigue un orden que responde a tres bloques o enfoques para acercarse a lo comunitario. En un primer bloque de tres artículos se aborda más bien lo que podríamos llamar el contexto de la situación histórica en que vivimos y de las aportaciones que se vienen haciendo. En un segundo bloque destacan los artículos que proponen metodologías de trabajo social comunitario procurando aportar una claridad de premisas y de pasos que les han venido dando resultado a sus autores. Y el tercer bloque es una colección de artículos sobre experiencias que añaden sus propias reflexiones sobre algunas técnicas o ritmos que las hacen peculiares. En todo caso se trata de una variedad de propuestas que van desde los más veteranos hasta los más jóvenes, desde las Canarias hasta Catalunya, pero con referentes también en muchas otras comunidades, desde lo rural hasta lo ur-

bano, experiencias de mujeres y hombres que estamos implicados en procesos prácticos y teóricos.

El artículo de García Roca abre este monográfico con una crítica del Trabajo Social que se ha venido haciendo, y situando en su contexto los siguientes artículos. El concepto de «desasilar» que plantea es todo un programa con mucho interés, para luego pasar a las «rutas no navegadas» por las que habría que ir avanzando. En el siguiente artículo Marco Marchioni vincula la democracia participativa con los planes comunitarios, y pasa a relatar la experiencia del barrio de Caranza (en la ciudad que me vio nacer), y otras muchas en casi todas las comunidades autónomas. Propone las bases de la metodología que ha venido orientando, que luego se verán en otros artículos posteriores. En el tercer artículo trato de presentar un cuadro con 12 metodologías que nos han venido orientando a una red de profesionales en la última década, y que en su articulación fundamentan los 6 saltos que se proponen. En un segundo cuadro se presentan una serie de fases por las que deberían pasar los procesos comunitarios, y que articulan las técnicas con la metodología socio-práctica.

En el segundo bloque hay un artículo de Loli Hernández que de manera sencilla plantea como trabajar con los «ciclos cortos, medios y largos» a partir de algunos «axiomas» elementales. Se argumenta sobre la integralidad de estos procesos, cruzando cuatro enfoques complementarios, para concluir con la propuesta de 12 pasos metodológicos concretos en los procesos comunitarios. Loli Castilla, miembro del equipo ETCS (Barcelona), nos resume la propuesta de hacer Planes Integrales con «estrategias transversales» en un documento que era más amplio y en catalán, pero ha tenido la gentileza de resumir y traducir para esta revista. Se verán en estas propuestas como a partir de un común interés y posicionamiento de cambio, hay matices y formas diferentes de abordar lo comunitario. También Pepo Rubio, desde Carabanchel (Madrid), nos aporta su reflexión y propuesta sobre cómo concretar los pasos, organización e instrumentos de un Plan Comunitario, sobre todo la necesidad de hacer evaluaciones continuas, y los retos que se han de afrontar en los momentos actuales.

Y en el último bloque aparecen experiencias muy distintas, cada cual con su singularidad, también para mostrar una variedad de estilos de realización de estos procesos participativos. La aportación de Pilar González (desde Tenerife) nos parece interesante por estar aplicada en el ámbito rural (una red de miniqueserías) y por tocar el tema económico y del empleo, básicamente de mujeres. También porque muestra la incorporación de la práctica de los «tetralemas» como novedad en las «devoluciones» a la comunidad. El artículo de J. Alguacil, M. Basagoiti, Javier Camacho y Paloma Bru sobre la Investigación-Acción Participativa (IAP) en S. Cristóbal (Madrid) nos explica en qué consiste esta metodología según se ha venido practicando entre nosotros, y concreta cómo ha comenzado la experiencia en un barrio periférico de la capital. Una experiencia exitosa en un centro urbano y llevada por un movimiento de gente muy joven es la que nos cuentan desde el barrio de Adelfas en Madrid cuatro de sus protagonistas, y no tanto por ver las metodologías, sino por la creatividad que suponen sus ini-

ciativas en tan variados aspectos como muestran. Y por último desde el barrio barcelonés de Roquetes, miembros del Equipo Comunitario, nos muestran una experiencia que en estos momentos puede ser un buen referente sobre cómo hacer las cosas superando muchos problemas que ha habido en otros barrios de estas características.

En suma, esperamos que se pueda contribuir con estos artículos a un debate y, sobre todo, a una práctica más creativa y transformadora en nuestras comunidades. Y que, quienes aún tengan dudas sobre lo interesante del trabajo social comunitario, puedan implicarse para recorrer alguno de sus caminos.